

irrupción de la modernización industrial, las experiencias autodidactas y la solidaridad mutualista contribuyeron a que el futuro proletariado urbano se autoinstruyera en asuntos técnicos y adquiriera una cierta cultura cívica. Las bibliotecas establecidas por propios artesanos, las formas de lectura colectiva que burlaban la censura oficial o la censura religiosa y que solucionaban el problema del analfabetismo, fueron mecanismos quizá más eficaces en la creación de una cultura política obrera que los esfuerzos institucionales del Estado mediante la escuela, las brigadas de alfabetización o la creación de bibliotecas públicas. Hay, en definitiva, un largo y apasionante camino por recorrer en este tema.



El libro de Gómez García contiene una especie de autobiografía intelectual, una historia de un proceso de escritura crítica. No son ensayos ligeros, son elaboraciones con sustento empírico cada vez más notable. Es posible que abunden reiteraciones y lugares comunes; también frases ácidas y efectistas; y uno que otro desquite con la mezquindad de sus colegas. El título es lo menos afortunado del libro, porque nos ha anticipado una especie de claudicación del crítico, de quien no ha podido “penetrar” en esa “cosa” llamada Colombia. O tal vez nos ha advertido, como lo ha reiterado en algunos de sus ensayos, que compare esa representación pesimista de nuestra historia en que nada se salva. Pero, por fortuna, en el transcurso de la obra vamos hallando matices: ni los extremos del idilio o

el de la catástrofe. El subtítulo, “raíces de la intolerancia”, tampoco es un anuncio consecuente con el contenido. Aparte del primer ensayo, titulado de igual manera, no se ve una reiteración que justifique el asunto. Pero, en fin, no hay duda de que estamos ante un escritor-investigador apasionado que ha ido encontrando una armonía fecunda entre los fundamentos empíricos y una voluntad de interpretación.

GILBERTO LOAIZA CANO

“Quizá ya era hora”

Viajes de un colombiano en Europa¹

José María Samper
Project Gutenberg, 2005,
sin paginación

Que yo sepa, en este boletín no se ha reseñado hasta ahora la aparición de un libro virtual. Quizá ya era hora. Sea esta la primera oportunidad, porque bien lo merece, cuando el Proyecto Gutenberg, que va ya por los cien mil volúmenes colgados en la red de Internet, publica un primer libro colombiano.

Posiblemente el texto ha sido tomado del facsímil que la Biblioteca Nacional de Francia dio a la luz con la intención de editar todo cuanto los viajeros extranjeros del siglo XIX escribieron con respecto a ese país. Así, apareció en edición virtual este libro junto al *Viaje a la China*, de Nicolás Tanco Armero, del cual Mario Jurisch ha hecho un brillante estudio.

No poco es lo que se ha estudiado en los últimos años acerca de los viajeros europeos que visitaron la Nueva Granada en el siglo XIX. Poco y nada lo que se sabe de los testimonios de los viajeros granadinos por territorio europeo. Tanto es así que en ese recuento extraño y maravilloso que se llama *Libros colombianos raros y curiosos*, el polígrafo Ignacio Rodríguez Guerrero cita no menos de diez obras de viajeros co-

lombianos entre esas rarezas bibliográficas que, si alguna vez fueron publicadas, desaparecieron para siempre incluso de las mejores bibliotecas.

Publicado por primera y única vez en 1862 (dos volúmenes) este es un libro riquísimo en información y observaciones. Se trata de una serie de notas de prensa, escritas siempre de prisa y al azar del viaje, entre 1859 y 1860. “Estas páginas, decía en la presentación, aunque reunidas hoy en un volumen, deben resentirse de los defectos propios de su forma primitiva”.

Sí. Pero se trata de defectos mínimos, aunque posiblemente agrandados en la edición virtual. Cabe preguntarse si los defectos de transcripción desnaturalizan el libro. Éste, como todos, tiene el eterno problema de los libros virtuales: la fidelidad o infidelidad al original. No obstante, quien quiera compararlo, puede encontrar el facsímil del original en la Biblioteca Nacional de Francia (www.gallica.fr). Pero, por otra parte, los defectos son los mismos a los que se enfrenta cualquier editor cuando se trata de transcribir un texto original, y ya sabemos quienes escribimos a cuántas traiciones y vejámenes nos pueden someter los editores las más de las veces, los correctores de estilo las menos. No otro es el problema al que se enfrenta un editor cada vez que va a reeditar un libro, más aún cuando aquél posee cierta antigüedad. Toda edición, quiérase o no, es arbitraria. En este tema la perfección no existe y el concepto de edición definitiva, ya lo decía Borges, pertenece al obtuso reino de la arbitrariedad. En este libro en particular nos enfrentamos con una ortografía de la época que nos siembra numerosas dudas, en especial en las tildes (singularmente mal colocadas), aunque algunos acentos arcaicos es claro que deben estar también en la edición original... Hay casos curiosos como la ciudad de Londres, que viene invariablemente con tilde, por ejemplo. Pero nada de esto opaca ni dificulta la lectura. El cuerpo del libro es así mismo ameno y de fácil lectura.

En el señor Samper lo primero que llama la atención es un muy vivo sentimiento de la naturaleza, que lo emparenta con los románticos. Este libro es todo un canto a la naturaleza. En Samper se nota, como quizá en ningún otro escritor colombiano del siglo XIX, un amor y admiración únicos por las bellezas materiales que encuentra a su paso...

La primera parte del viaje, el descenso por el Magdalena rumbo a Europa, está llena de afirmaciones enfáticas. Es evidente, como ya lo señaló Aníbal Noguera Mendoza, que Samper desconocía el término medio y que incluso “cuando se entregó a Dios lo hizo con las turbulencias de un poseso”.

Sociólogo de corazón, disfruta del espectáculo que dan los bogas semisalvajes. Al ver los rostros de las gentes al bailar, concluye que sin duda ninguno de aquellos negros goza bailando “porque la danza es una ocupación necesaria como cualquiera otra”.

Apenas dos años más tarde que Samper, en 1864, partía de Abejorral hacia Europa el futuro obispo de Pasto Manuel Canuto Restrepo, quien no vio en el aire nada de lo que contempló Samper. Como bien anota Ignacio Rodríguez Guerrero, “aprovecha todas las ocasiones que se le presentan, a lo largo de su recorrido, no sólo para tachonar sus páginas de citas bíblicas y consideraciones políticas, morales y doctrinarias, sino también para impugnar vehementemente sistemas filosóficos, métodos de gobierno, ideas generales, en fin, en desacuerdo con su pensamiento”. Imbuido de liberalismo, el viaje de Samper es todo lo contrario: una apología de la libertad. El liberalismo, dice sin tapujos, es genial en todas las poblaciones.

Una de las primeras cosas que llama la atención cuando entra ya en contacto con extranjeros, es su extrañísima manera de llamar al país: *Hispano-Colombia*. Bien excéntrico debía ser el personaje, puesto que en la literatura de la época no encontramos a nadie que comparta esta idea. Y eso por no hablar de “el inmortal Colomb”, como llama al

descubridor del Continente. Así nos describe su encuentro con otro viajero: “Al saber que yo era republicano de Hispano-Colombia, me tomó cariño y me hizo mil preguntas sobre la vida de perros que llevamos los demócratas en el Nuevo Mundo”.



Todo el viaje está salpicado con frases sapientes aprendidas seguramente de la experiencia: “Ver una comarca en ferrocarril es como tomarse un manjar a grandes bocados: ni se le toma el sabor, ni se mastica y digiere”.

Amante de la economía, se esfuerza por aligerarnos de cifras: “debo limitarme a recordar, hechos muy generales, a fin de no fastidiar al lector con guarismos”, aunque los hay, y en profusión...

Conmueve al viajero el espectáculo de la miseria en Londres: “Ahí los sexos se confunden, y entre las 30 o 40 personas que yacen en el fondo de la cloaca sombría, suceden cosas que sólo el ojo impasible de Dios puede mirar sin estremecimiento, y que no tienen nombre en el vocabulario de la civilización”.

Pero, al mismo tiempo, lo seduce el gigantesco invernadero del Crystal Palace, que lo ha conmovido como nada, donde cada visitante puede estar seguro de encontrar un rincón de su propia patria, con la misma temperatura, las mismas aguas y cuanto puede producirle una ilusión completa.

Luego pasa Samper al continente. En Inglaterra dejaba “la libertad sin la igualdad”; en Francia iba a encontrar “la igualdad sin la libertad”. Aquí debo recordar un gracejo que estampa Samper en su *Historia de una alma*: Francia influye tanto sobre el mundo con sus ideas como con sus pomadas... Sus conclusiones, a fuer de apresuradas, nos arrancan a veces una sonrisa: “Échase de ver que Lyon ha querido ser a todo trance un gran centro artístico, sin haber pasado de cierta mediocridad distinguida (permítaseme la expresión), porque el ruido de las máquinas y de los carros no permite allí un gran desarrollo espiritual como conviene a las bellas artes”.

También a veces hace gala de una encantadora pudibundez, como cuando pasa a la Madre Patria: “Ese gran concurso de forasteros y la belleza de las sevillanas han dado lugar a un desarrollo alarmante de la corrupción. Debo limitarme a indicar el hecho, porque el asunto no permite comentarios ni explicaciones”.

“Hallamos —dice—, como en casi toda España, una farsa cantada a trozos, con el nombre de zarzuela... En vez de una buena comedia o un buen drama (como hay de sobra en España) el público tiene que tragarse como puede una opereta bufa de mal gusto, que degrada al mismo tiempo a la comedia y la ópera”.

Luego regresan las informaciones de carácter sociológico: “En una palabra, la España morisca, con un territorio muy inferior a la mitad del de la España gótica, y una población igual al 66 por ciento de la misma, es por lo menos cuatro veces superior en movimiento social, riqueza, bienestar y civilización”.

Es mucho lo que le dedica a Suiza, donde parece haber hallado lo más parecido al paraíso terrenal. Se sorprende con Lausana (Losana para Samper); sus formas son tan irregulares y complicadas que llegan hasta la extravagancia, así como con las cataratas en Neuhausen, “que vive ensordecida por el estruendo de las ondas irritadas”. Pero lo que definitivamente le da la ventaja a este país sobre cualquier otro es la conciencia

general de que el interés común es la mejor garantía de las cosas públicas.

Y también, ¿por qué no?, hay en este libro algún esbozo de gran literatura: “Los tibios rayos de la luna penetraban horizontalmente por las altas ventanas ogivales, quebrándose en las rejas de alambres y proyectando sobre el inmenso órgano y los arcos, relieves y concavidades de las naves un juego magnífico de sombras irregulares y cintas de luz pálida y suave”.

¿Su conclusión general?: “La inmensa mayoría de los Hispano-Colombianos no conoce, por falta de contacto íntimo con Europa, los rudimentos o las verdaderas condiciones del juego general de la política, las letras, la industria, el comercio y todos los grandes intereses vinculados en Europa. De ahí provienen graves errores de apreciación, de imitación o de indiferencia, que se revelan en la política, la literatura, la legislación y las manifestaciones económicas de Hispano-Colombia”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

1. http://www.gutenberg.org/catalog/world/readfile?fk_files=112930

La biografía de un pobre general español

Pablo Morillo, general de dos mundos
Gonzalo M. Quintero Saravia
Editorial Planeta Colombiana,
Bogotá, 2005, 640 págs.

La biografía histórica es un género no bien estimado por los profesionales de las ciencias humanas. Es más, creo que sigue siendo una rareza editorial y una difícil decisión académica. De todos modos, algunas discusiones en los decenios de 1980 y 1990 le han ido otorgando alguna legitimidad a un género que parecía condenado a caminar por las márgenes, despreciado por los rigores de la dis-

ciplina histórica y por los cánones de la creación literaria. La reivindicación es más bien reciente; han sido necesarios algunos saludos y elogios de historiadores célebres para que se admitiera la biografía como una alternativa válida en la reconstitución del pasado. Palabras de bienvenida de Georges Duby; ejemplos contundentes de Jacques Le Goff o de Edward Palmer Thompson contribuyeron a que se aceptara, quizá más por evidencia que por convicción, que se puede transitar por el camino biográfico.



Los detractores, armados de un cientifismo hirsuto, han visto en la escritura biográfica un retroceso, un retorno a una vieja forma de escritura y, peor según ellos, a una vieja y muy conservadora concepción de la historia. Razón no les falta al esgrimir ese temor, pero *sí* les ha faltado malicia para percibir que no se trata de un retorno, a pie juntillas, a los héroes de Carlyle o a los hombres representativos de Emerson. Desde las biografías de Jean-Paul Sartre y las lúcidas precisiones que agregó Fernand Braudel en un debate, la escritura biográfica ha dejado de ser un simple relato concentrado en la parábola de un individuo. La necesidad de reconstruir la vida de un individuo en situación —si nos atenemos a la explicación de Braudel— hizo de la biografía un reto narrativo y epistemológico mucho más arduo e interesante. Al asunto también aportaría Norbert Elias, cuando nos hizo comprender que al individuo, para entenderlo, siempre hay que

verlo en relación. En fin, hoy por hoy la biografía histórica goza de autorización y de autoridades que la han ido legitimando. Por lo menos, en ese sentido, no hay que temer a la hora de decidirse por un ejercicio de escritura biográfica. Ya no es herejía ni heterodoxia, es más bien pereza y miedo. Sí, pereza de ser exhaustivos y miedo al fracaso, dos formas de parálisis intelectual a las que se les rinde culto en ciertas universidades y en algunos departamentos de historia, más precisamente.

Ahora bien, la biografía ofrece retos y peligros para el historiador. Por ejemplo, el reto y el peligro de la escala de observación. No se trata de tener a la vista grandes masas de hechos, largas y silenciosas temporalidades. Se trata, más bien, de concentrarse en una perspectiva que, de por sí, es incompleta y relativa. Una biografía es un punto de vista narrativo y explicativo; impone una abstracción, el descuido o abandono en favor de ciertos énfasis. La zona de documentos puede volverse unilateral, pero también —depende de la ambición y persistencia del historiador— puede ampliarse y terminar por enriquecer aspectos que escapan a la cuenta exacta de la trayectoria vital del fulano o la fulana escogidos como personajes. En todo caso, la conversación con los avances de la microhistoria se vuelve muy necesaria y aleccionadora en el transcurso de la biografía.

Al relato biográfico ya no se le pide la representación de una épica individual, la invención de una heroicidad o de una virtuosidad de la que el personaje biografiado pudo incluso haber carecido drásticamente; no, al relato biográfico se le pide ahora interpretación exhaustiva o, por lo menos, interpretación plausible. Es decir, la biografía histórica no es ejercicio de albacea, de descendiente de un prócer o de simple escritor que ejerce de rodillas. No, el relato biográfico narra y explica, entiende la historicidad del individuo, su relativa capacidad de maniobra y de elección en las circunstancias de su existencia. El in-